

NOVIEMBRE 2020

POLARIZACIONES

FERRAN RAMON-CORTÉS

Escribo este artículo sin saber los resultados de las elecciones norteamericanas. No se quien ha ganado. Lo que sí se es que se ha llegado al final de campaña con una polarización sin precedentes. En un documental emitido aquí en España, en el que se entrevistaban a seguidores de uno y otro candidato, se podía palpar claramente que las posiciones eran del todo irreconciliables. Trump: héroe para unos, villano para otros. Biden: salvador para los suyos, un peligro para los demás. Escribo impactado por la vehemencia de las afirmaciones de unos y otros, la agresividad en pronunciarlas y el odio que destilan la mayoría de opiniones. Una polarización que sólo admiten el blanco o el negro, que prescinde y niega la tan necesitada escala de grises.

Vivimos en sociedades polarizadas. Internet ha dado voz a todo el mundo, y no hay ningún tipo de filtro; triunfan voces histriónicas, exageradas, informaciones no contrastadas y personajes que buscan la polémica y la notoriedad por la notoriedad. Y los medios de comunicación, en pura competición con internet, se han apuntado al carro de la polarización tensando a su vez los debates, exagerando las posiciones y perdiendo muchos de ellos la objetividad o la moderación. Y en este contexto



(que es el que es y que probablemente será así mucho tiempo) podemos preguntarnos: ¿qué papel podemos jugar nosotros?. Pretendo responder a la pregunta, pero antes quiero ahondar en algunos efectos de los que quizás no seamos cien por cien conscientes.

LA CONTRIBUCIÓN DE GOOGLE (y compañía).

Hay un efecto psicológico llamado *sesgo de confirmación* que consiste en que los humanos tendemos a prestar atención a la información que confirma nuestras creencias, y a ignorar la que las refuta. Google lo sabe, y nos monta el escenario perfecto en base a ello. Si tres personas distintas tecleamos la misma búsqueda en google (por ejemplo “noticias pandemia en España”), la lista de noticias que nos saldrá no es la misma, ni nos aparecerán en el mismo orden. En función de nuestro historial de navegación, los medios que consultamos habitualmente, el tipo de artículos que leemos, etc. Google decidirá qué información nos pone en primer lugar, condicionando lo que vamos a leer. Y esa información que nos colocará en primer lugar es precisamente la que coincide con nuestras opiniones, es decir la que queremos leer. Con ello, Google (y las grandes plataformas de Internet) nos meten y nos mantienen en nuestra particular “burbuja”, en nuestro “show de Truman” haciendo que veamos sólo una parte de la realidad, y se nos haga todavía más difícil evitar ese sesgo.

Y para acabar de completarlo, nosotros mismos a través de la decisión de a quien seguimos y a quién no en nuestras redes, nos metemos solitos en el sesgo de confirmación. Nosotros mismos nos ponemos en pantalla sólo a aquellos que nos cuentan exactamente lo que queremos oír.

ESPECTÁCULO O DEBATE

El otro gran factor que tenemos que tener en cuenta es que los espacios mediáticos son cada vez más de espectáculo y menos información o debate (con honrosas excepciones, hay que reconocerlo, pero que llegan a las 11 de la noche en canales minoritarios). Y si confundimos estos espacios de espectáculo con el debate estamos perdidos. Y ahí la responsabilidad es de todos: de los actores políticos (en



un debate parlamentario cotidiano no hay nadie. Los actores políticos aparecen sólo en los debates que están retransmitidos y se ganan los 20 segundos de aparición dando un titular escandaloso), de los “tertulianos profesionales” (compartí espacio radiofónico con un tertuliano profesional, y me rebatió todas y cada una de mis opiniones con especial contundencia. Al terminar me dijo “que no te sepa mal, en el fondo pienso como tu, pero había que dar vida al debate”) y de los medios propiamente dichos (he visto muchos debates en directo y cuando ves el resumen en las noticias es irreconocible: sólo sale el contenido, quizás un 5%, que potencialmente genera polémica).

¿QUÉ PODEMOS HACER NOSOTROS?

En primer lugar, ser muy conscientes y consecuentemente tratar de evitar el *sesgo de confirmación*. Lo podemos hacer cuestionándonos de vez en cuando nuestras propias convicciones y forzándonos a leer e interesarnos por “la otra opinión”. Si pensamos que las vacunas no son seguras, forcémonos a leer informes científicos que afirmen que sí lo son (y sigamos en las redes alguna voz cualificada que lo defienda). Si pensamos que sí lo son, leamos y sigamos a algunas voces críticas. Porque el sesgo de confirmación es un mecanismo que nos hace la vida fácil (es un potente filtro de atención) pero al mismo tiempo nos convierte en grandes miopes. Nos deja ver sólo una pequeña parte de realidad, y que además siempre es la misma.

En segundo lugar, no seamos una accidental cadena de transmisión de opiniones exageradamente polarizadas, porque seguro que contienen una dosis elevada de irrealidad. Antes de recircular según que noticias, contrastemos los contenidos. Y pensemos en qué sentido tiene el que la recirculemos. Somos -demasiadas veces- inocentes transmisores de información sesgada (por lo poco) o directamente mentirosa. Hagamos el ejercicio de contrastar que se le supone a los medios (algunos sí lo hacen) pero que en las redes se convierte en nuestra propia responsabilidad.

Y en tercer lugar, no tengamos miedo a dudar de nuestras creencias. Hay una frase que utilizo a menudo que dice: “si lo que dices es verdad, ¿qué necesidad tienes de gritarlo?”. Es una frase que esconde una gran sabiduría. Porque la vehemencia a



menudo lo que esconde es el miedo a que nuestras creencias se tambaleen, a que algo o alguien las ponga en duda. Disfrazamos de convicción lo que no queremos ni revisar ni poner en duda, porque así es más fácil. Hacemos como los niños que cuando no quieren escuchar algo porque no les conviene se tapan los oídos, cierran los ojos, y gritan con fuerza precisamente para no oír.

¿LA VERDAD O MI VERDAD?

Asumimos a menudo que algo es LA verdad simplemente porque nos negamos a escuchar otras voces. Pero lo cierto es que casi siempre es sólo nuestra verdad, o ni tan siquiera eso. Es una pequeña parte de la verdad que no nos hemos tomado la molestia de contrastar o poner en duda, porque ya nos está bien. Modelar nuestra opinión o directamente cambiarla porque tenemos más información, no es una renuncia, ni un signo de debilidad. Es un signo de inteligencia.

La persona insegura se atrinchera en sus creencias, la persona segura las revisa, escucha otras voces y esta dispuesta a cambiar de opinión si lo que oye le parece razonable. No deja que el cerebro límbico (emocional, y primitivo, y muy dado al atrincheramiento) le prive de la escucha y anule su capacidad de discernimiento. Seamos pues más críticos. Contrastemos. No tengamos miedo a comparar puntos de vista. Obliguémonos a escuchar lo que de entrada no queremos escuchar. Sólo así creceremos.

El mundo sólo se explica por los matices de grises. Una imagen toda blanca, o toda negra, no revela nada. Absolutamente nada.

Cierro el artículo y ahora sí se el resultado de las elecciones. Ha ganado Biden. Pero hemos asistido a un recuento agónico, y al espectáculo de Tweets y declaraciones del equipo de Trump, algunas veces censurados por las propias televisiones. Hemos visto cómo los locales de Nueva York y Washington se blindaban por miedo al vandalismo, y hemos visto el fanatismo de unos y otros en la calle. Costará cicatrizar heridas, y volver a una senda de respeto. Sólo espero que este precedente no sea la norma en el futuro, y que como sociedad nos demos cuenta que la polarización es una amenaza. Es de hecho la gran amenaza.

